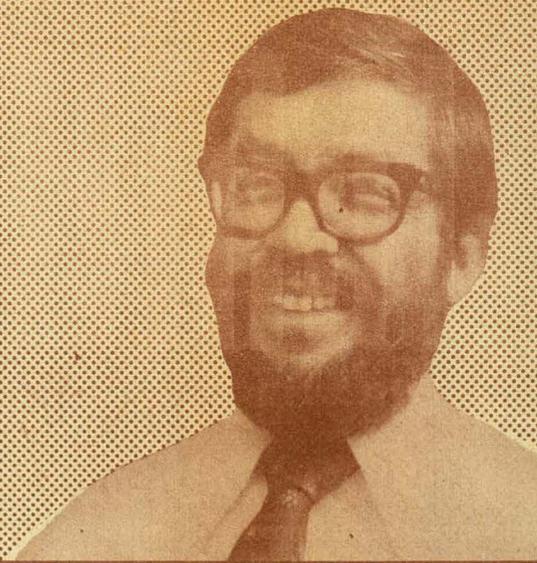


A pesar de todo.

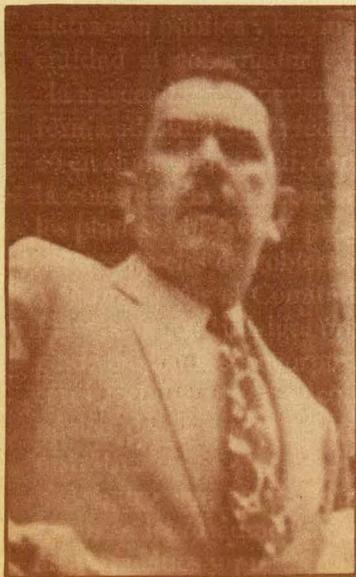
Optimismo

SÁLVESE QUIEN PUEDA!, PARECE SER EL GRITO SENSUAL Y DISGREGADOR



POR MIGUEL ÁNGEL GRANADOS CHAPA

15 de abril 82



Lázaro Cárdenas... su resolución no fue fácil, pero tampoco casual.

Ha renacido el cuento que se pone de moda en épocas críticas como esta, y que consiste en establecer la diferencia entre un optimista y un pesimista. El primero, el optimista, es quien piensa que como siga la economía el curso que tiene ahora, dentro de pocos meses vamos a comer sólo basura; en tanto que el pesimista piensa que no alcanzará esa basura para todos.

Ciertamente, el panorama que la economía, la política y la composición de las fuerzas sociales presentan delante de nosotros no es estimulante. Los datos negativos son abrumadores, pero no podemos negarnos a tenerlos presentes: el Estado, el protagonista de la estructura productiva, ya sea como participante o como regulador, pasa, y pasará aun más el año próximo, por una crisis financiera atroz. La devaluación

le ha costado mucho dinero, no sólo por los perjuicios directos reflejados en su deuda y la de sus empresas, sino también porque la propia devaluación y el ajuste salarial correspondiente se han expresado en empobrecimiento fiscal originado en los muchos estímulos ofrecidos a las empresas. A riesgo de contradecir de modo flagrante su política económica, el gobierno está imposibilitado de reducir su personal, por lo que debe obrar el milagro de disminuir sus presupuestos, incrementar los salarios (que sólo en la administración central importan cinco mil millones de pesos) y no echar a nadie a la calle.

La inflación, por su parte, está salida de madre. Todo pronóstico respecto de su monto al finalizar este año está expuesto a fallar, porque se ha vuelto muy sensible la economía, y porque estamos dentro de círculos viciosos que puedan hacerla mudar de carácter de la noche a la mañana. Por ejemplo, las vacaciones de la semana pasada, que permitieron mantener activa la economía, comenzarán a tener reflejos verdaderos en la estructura de nuestra producción y consumo en unos meses más, como también lo tendrán la devaluación y los ajustes salariales. Aunque los estratos medios se quejan de que el gobierno azuca la inflación dándole vuelta a la maquineta, es decir, imprimiendo billetes sin respaldo, muchos de sus miembros lo hacen también, cuando toman crédito y anticipan de ese modo la puesta en circulación de numerario que apenas están por ganar.

Muchos de los miembros de esos estratos medios no han variado sus comportamientos, ni sus patrones de consumo ante la crisis. En la Semana Santa, las líneas aéreas agotaron sus pasajes, las terminales de autobuses estuvieron repletas, los centros de turismo no padecieron desocupación. El fenómeno tiene dos caras, en lo económico y en lo social: por un lado, manifiesta irresponsabilidad frente a la crisis. Como decimos en Pachuca, esos estratos están viendo la procesión y no se hincan. Pero también se imprime, con ello, dinamismo a la economía, y se contribuye a que no llegue a ocurrir, en el corto plazo al menos, la horrible conjunción de los fenómenos inflacionario y de recesión. También supone, en el lado negativo, una fuga social, como la de los bebedores que lo son para olvidar; pero, en el lado positivo, manifiesta que no se ha perdido,

a pesar de todo, la disposición de ánimo para disfrutar la vida, y que se es capaz de ponerle al mal tiempo buena cara.

Esta actitud, sin embargo, puede acentuar la tendencia de nuestra sociedad a la disgregación, a ceder ante las tentaciones del sálvese quien pueda, de entregarnos al consumismo. Esta inclinación la oí expresada, hace poco, por Alberto Isaac, quien la ilustró imaginando que si hemos de viajar en el Titanic, que sea en camarote de primera; a lo que Jorge Hernández Campos añadió que, mientras sobreviene el hundimiento, como pasajeros listos podemos darnos el lujo de convidar champaña y caviar para todos. Dicha proclividad cuenta, asimismo, entre los datos negativos de que se compone nuestro panorama.

Podríamos abundar en las tintas negras con que se traza este retrato de lo que ocurre a nuestro alrededor. Podríamos añadir que en los conglomerados urbanos la violencia social, derivada de la crisis, y también del propio hacinamiento está aumentando cada día. Y para qué hablar de los abusos, coyunturales y de estructura, de no pocos comerciantes e industriales. Y de los políticos...

Pero no se trata de formular un rosario de quejas. Por lo contrario, creemos que no obstante las sombras que se ciernen sobre nuestra nación, y de las dificultades enormes, cuya magnitud no debe engañarnos, para superarlas, es posible hacerlo. No propugnamos un optimismo ingenuo, facilón, carente de fundamentos, sólo para forjarnos ilusiones. Antes bien, quisiéramos que la confianza en que podemos remontar la crisis tuviera asideros, y bases. Por ejemplo, sacados de la historia.

Si uno examina las circunstancias en que se fundó la nación mexicana, comprende con claridad que disponemos de fuerzas internas, como sociedad, capaces de sacarnos adelante, no obstante lo adversas que sean o parezcan ser las circunstancias. Al advertir la independencia, México contaba con casi nada para sobrevivir. Su economía estaba destrozada, no sólo por los estragos de la prolongada guerra, sino por la fuga de capitales que naturalmente se produjo al variar el estatuto político del país. El erario estaba exhausto, y debía no obstante canalizar sus escasos recursos hacia el gasto militar, no sólo por la inestabilidad inicial, sino también para asumir la defensa de una república que no era reconocida como tal por casi nadie, inexistencia jurídica que por lo demás no tenía sólo efectos retóricos: nadie quería otorgar crédito a un país que apenas estaba en gestación, de tal modo que debíamos rascarnos con nuestras propias uñas. Y sin embargo salimos adelante.

Medio siglo más tarde la situación se había de nuevo deteriorado. No pudimos cubrir nuestros compromisos financieros con el exterior y determinamos una moratoria en el pago de la deuda exterior. Constituyó esa actitud un desafío que las potencias de entonces no estaban en situación de soportar, y cargaron contra nosotros. El saldo militar, a la postre, nos fue favorable, si bien hubimos de sufrir lo indecible. No combatimos sólo con nuestras fuerzas, y eso nos acercó al poder más tarde imperial que con el tiempo nos cobraría con creces la solidaridad de aquella época. Pero mantuvimos a la nación a flote, como poco antes se había logrado tener erguida la cabeza frente a los poderes internos, singularmente la Iglesia, que se creyó capaz de doblegar a un Estado encarnado en liberales que hicieron liberal a la nación a pesar de ella misma.

Y más recientemente, el cardenismo nos ofrece otra lección de las capacidades nacionales para perdurar. La situación económica mundial, y la nuestra en particular llegó a ser, en esa etapa de la vida nacional, verdaderamente crítica. Y(Sigue en la página 69)